



## El Pan de Vida

Esta columna está adaptada de una homilía dada en Merrill y Bonanza el 26 de Julio.

Comenzando hoy, interrumpimos las lecturas Dominicales de este año del Evangelio de San Marcos para escuchar el sexto capítulo del Evangelio de San Juan proclamado por cinco semanas consecutivas. El cambio en el estilo y contenido invita a la reflexión.

San Marcos, San Mateo, y San Lucas relatan con descripciones gráficas y detalladas la institución de la Sagrada Eucaristía en la Última Cena, mientras que San Juan no la menciona para nada. En cambio, en su Evangelio Jesús da voz a su auto-comprensión Eucarística en la secuela de la alimentación de la multitud en el Capítulo 6.

Mateo, Marcos, y Lucas retratan el *evento* de la Última Cena. Ellos nos dicen lo que Jesús *hizo* esa noche, la *acción* que él realizó en ofrecer la primera Misa. En contraste, Juan se enfoca en el *actor* al centro de la acción, en *quién era* el que hizo lo que Jesús hizo. Porque sus palabras revelan quien *es* Jesús: el Pan de Vida que satisface el hambre de quien viene a Él con fe.

Para entender el Pan de Vida, necesitamos primero apreciar el significado del pan ordinario. Las oraciones del Ofertorio en la Misa nos recuerdan que el pan es “el fruto de la tierra” del cual Adán fue formado por el Creador. A Él le pedimos el “*Darnos hoy nuestro pan de cada día*” porque tenemos que comer para vivir; y lo que comemos depende de la interacción del sol y el suelo, la semilla y el sembrador, el viento y la lluvia—depende, es decir, en las fuerzas fundamentales del

universo que Dios diseñó al principio y ya sostiene para nuestro bien.

Por otra parte, el pan no crece en los árboles. Es el “fruto de la tierra” solamente cuando se ha convertido en el “trabajo de las manos humanas” a través del arado y la siembra, la cosecha y la molienda, el amasado y la horneada. La producción de nuestro pan de cada día exige el sacrificio de tiempo y energía en el trabajo humano. Así también la producción del Pan de la Eucaristía.

Cuando Jesús “tomó” pan, Él deliberadamente tomó su significativa humana a sí mismo y lo convirtió en obra de *sus propias* manos humanas. En la noche del Jueves Santo, con pan en mano, él dijo, “*Éste es mi cuerpo, que será entregado*” a la dura tarea de cargar la Cruz. Al día siguiente por tres horas, el sol abrasador horneó el Pan de Vida a la perfección en el horno de la crucifixión. Activamente anonadándose a sí mismo en la muerte de un esclavo, Jesús cumplió la *obra* de nuestra redención. Nos alimentamos de su entrega total a la voluntad del Padre cuando él viene a nosotros en la Comunión como el Conquistador de la muerte y el “Pan de Dios”, que “da la vida al mundo.”

“Hagan *esto* en memoria mía”, Jesús nos dice en los Evangelios de Mateo, Marcos, y Lucas. Para saber qué *hacer* con nuestras vidas, debemos primero saber quienes *somos*; debemos saber el *para qué* de nuestras vidas. Pero esto lo podemos saber solo por la fe en Dios que nos creó para sí mismo. “Esta es la obra de Dios”, dice Jesús en el Evangelio de Juan, “que *crean* en él a quien Él ha enviado”. Cuando nos alimentamos de Él con fe, llegamos a saber quienes somos: los hijos amados del Padre por quienes nuestro Hermano sufrió la muerte para que

pudiéramos vivir. Y sabiendo quienes somos, sabemos también que *hacer* con nuestras vidas: entregarnos como pan para alimentar la profunda hambre humana por la vida que es más fuerte de la muerte.